

Rumbo al frente de combate...

Fuente: Diario La Nación - Por Eduardo Tarnassi

No sólo los romanos enviaron poderosos mastines al frente de sus huestes: Atila, Gengis Kan y Carlo Magno también lo hicieron.

El perro, desde la más remota antigüedad, fue empleado como un arma utilitaria. El uso militar que le dieron los conquistadores mencionados era el siguiente: muñidos de pesados collares con largas púas, arremetían contra el enemigo con la finalidad de destrozarle las piernas. Muchos de los perros de la actualidad descienden de aquellos que quedaron vagabundeando, abandonados tras las cruentas batallas.

Los militares del siglo XX retomaron esa tradición y probaron con diferentes razas. Un ejemplo fue el del Airedale Terrier. Esos ejemplares, entrenados por el británico Edwin Hauteville Richardson, mostraron gran eficiencia en la actividad militar durante la guerra ruso-japonesa de 1904.

A partir de esa experiencia, los alemanes entrenaron 45.000 canes para utilizarlos en la Primera Guerra Mundial (1914-1919). La experiencia tuvo lugar en la localidad de Treptow, vecina a Berlín.

La literatura castrense de la época da cuenta de las virtudes del perro como centinela en las trincheras de las primeras líneas de combate. También se refiere a su función como guía de soldados extraviados, animal de carga para transportar municiones entre las líneas de combate, mensajero y buscador de heridos.

No obstante, algunos datos no se difundieron demasiado. Ese ejército de ovejeros alemanes, Dobermann's y Rottweilers hizo estragos en las fuerzas aliadas, ya que los cuadrúpedos habían sido entrenados para reptar por la noche entre las contenciones de alambre de púa hasta llegar a las trincheras enemigas. Una vez allí dentro, atacaban con furor.

Si hemos de ser sinceros, los franceses con sus pastores de Beauce y los ingleses con sus Airedales, Bullmastiffs y otros no fueron más benévolos.

De más está decir que la prensa de entonces denostaba las cualidades de los perros teutones. No obstante, pocos años más tarde el Ovejero Alemán sería adoptado por casi todos los ejércitos del mundo en virtud de sus cualidades sobresalientes.

De todas maneras, en ambos bandos se emplearon las más diversas razas: Dálmata, Siberian Husky y San Bernardo se destinaban al acarreo de botiquines o pertrechos, el rescate de heridos en alturas nevadas y de difícil acceso, o el tiro de trineos en terrenos helados.

Fue durante esa primera gran contienda que el sargento norteamericano Lee Duncan (de quien nos ocuparemos en una nota futura) encontró abandonado por los alemanes al perro que con el tiempo salvaría a Hollywood de la bancarrota: el famoso Rin-Tin-Tin.

El saldo positivo que arrojó el empleo de perros en la guerra motivó que los ejércitos los incorporaran a sus filas. Sin embargo, entre las dos grandes conflagraciones mundiales no se produjeron importantes modificaciones en sus tareas.

Hasta entonces, Estados Unidos los había ignorado. Pero hacia 1938 se supo que los alemanes contaban en Jummerdort con un centro de instrucción especial que les permitía entrenar unos 200.000 canes. Entonces, los norteamericanos pusieron manos a la obra y reclutaron ejemplares. Resultó de inestimable ayuda la colaboración civil, que fundó una organización denominada Perros para la Defensa, convertida en una oficina de reclutamiento oficial. La entidad recibió donaciones de todo el país y proveyó al ejército de 19.000 ejemplares adiestrados.

Una vez realizadas rigurosas pruebas, el 45% de los perros donados fue descartado. Los que quedaron pertenecían a las razas Ovejero Alemán, Dobermann, Ovejero Belga, Collie y Schnauzer Gigante.

La novedad introducida en los trabajos conocidos de los perros de guerra fue la de emplearlos

para buscar minas. Aunque su participación fue escasa en Europa, resultó más notoria en el frente del Pacífico.

Las infanterías del ejército y la marina los utilizaron en la guerra con Japón. Los perros de ambos bandos dieron muestras de enorme coraje y muchos de ellos fueron condecorados.

Terminadas las hostilidades, los norteamericanos desmilitarizaron a los canes que habían sobrevivido, los reeducaron para adaptarlos a la vida civil y devolvieron a sus dueños. Los que no tenían amo fueron preparados para la actividad policial y los restantes, conservados para la custodia de unidades militares.

Un capítulo aparte merecen los perros portaminas rusos, en lo que fue uno de los empleos más bárbaros del noble animal.

El ejército rojo, casi diezmado por el avance alemán, entrenó (hacia fines de 1942) millares de perros para una jugada militar: hacer estallar explosivos bajo los tanques germanos.

Enseñaron a sus perros a comer siempre debajo de vehículos blindados. Así acostumbrados, pero con una carga explosiva sujeta al lomo, los pobres animales se dirigían a los tanques creyendo que hallarían comida, para morir despedazados al estallar la carga activada por el detonador.

Los soviéticos debieron abandonar esa práctica salvaje: los perros no distinguían entre tanques de uno y otro bando e inutilizaron muchos blindados de sus propios entrenadores.

Como puede deducirse, la amistad del perro hacia el hombre no siempre fue bien empleada.

Su fidelidad y abnegación muchas veces han sido objeto de fines no santos que el pobre animal aceptó. Debido a su condición, no fue capaz de reconocer lo que hacía, ni de que su obediencia lo llevaba a la muerte.